

Quimeras del Edén

Antología poética del grupo literario Los Hijos de Caín



CAÍN EDITORES

Quimeras del Edén

Antología poética del grupo literario Los Hijos de Caín

CAÍN EDITORES

© 2023, Grupo literario Los Hijos de Caín
Adricin Alarcón, Alber Mapache, Allan Zúñiga Brenes, Angie Mora Ulloa, Josué Trejos Campos, Julia Hernández, Nancy Cabezas Contreras, Ronald Hidalgo Sáenz y Wendy Sánchez Gómez

© Compilador y editor: Allan Zúñiga Brenes

© Ilustración de portada: Adricin Alarcón

© Maquetación y diseño de portada: Cynthia Marcela Morales Ureña - MM Diseños

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Caín Editores

Índice

Quimeras del Edén

Prólogo

Nancy Cabezas Contreras

Llévame

Domo perfecto

Mentira

Luz oscura

La niebla perdida

Golpe al cielo

Josué Trejos Campos

Te vi sonreír

Feeling blue

Patrimonio

Siempre

Homicidio

Tic tac, tic toc

Wendy Sánchez Gómez

La incoherente

La muerte te espera

Madre Tierra

Súplica a un abusador

Mi madre Eva

Amiga perruna

Allan Zúñiga Brenes

Trágicamente

Aleatorios

Pitufina 2.0

Para la Musa

El cuerpo del deseo

Cuando rentas tu corazón

Julia Hernández

Testigo de siglos

Barrio sin nombre

Cronos
La salvación
El Jazz de Chet

Alber Mapache

Gerardo
Cinco y veinte p.m.
Cristales rotos
Pablo
Posesiones
Óleo sobre lienzo

Adricin Alarcón

WhatsApp
Sentencia
Mi casita de humo
Duendes
Aquí huele a amor
Provocación

Ronald Hidalgo Sáenz

Diáspora
Araponga
Dónde
Jornada
Antro
El llanto de Dios

Angie Mora Ulloa

Mamijuli
El cuarto de los lotófagos
Una hora después de mi suicidio
El círculo número cuatro
El reto de la escolopendra
¡Pará de escribir!

Prólogo

El colectivo Los Hijos de Caín se complace en presentar su segunda antología poética titulada *Quimeras del Edén* como un conjunto de varios poemas de distinta temática, tanto de escritores que pertenecen a la agrupación como de poetas invitados, todos escritores costarricenses. Vivimos en una constante quimera por el hecho de escribir poesía, ejercicio que se debe tomar con toda la sensatez y responsabilidad del caso; nos hallamos en un Edén poético, catártico y necesario para escapar de las frustraciones diarias que nos acosan.

Nueve han sido las voces convocadas en esta ocasión; nueve rebeldías, nueve gritos, nueve interrupciones. La primera de estas voces es la de la escritora Nancy Cabezas, que nos ofrece un texto poético en el que priman amores celestiales, con tonos suplicantes; a su vez, en otra de sus entregas, podemos notar la presencia de una voz lírica cargada de remembranzas tristes, que evoca un arrepentimiento por el tiempo perdido.

Josué Trejos, por su parte, nos deleita con un poema en el que le habla a un tú lírico con el que no pudo compartir locaciones populares y costumbres tradicionales; de igual modo, se nota una poesía en la que yace la inútil persistencia en obsesionarse por lo vano, lo efímero.

Asimismo, la poeta Wendy Sánchez irrumpe con una voz desgarradora que se manifiesta como incomprendida; por otro lado, recurre al tópico de ese nefasto y terrible momento que, a toda costa, deseamos evitar o pasar por alto, como si no llegara a acontecer en la vida, lo retrata de manera honesta y realista.

En cuanto al escritor Allan Zúñiga, en uno de sus textos ha apostado por el desencanto ante la impotencia del ser, en un consabido existencialismo; lo cual contrasta con aquella otredad redentora, que calma toda soledad y agonía, en resumen, la otra consciencia que salva y defiende en el poema "Aleatorios".

Una de las poetas invitadas, Julia Hernández, conjuga, de manera in-

teligente, la entropía con una narrativa jugosa y una descripción más que perfecta en un singular texto que muestra un Cartago noble, dispuesto y atento; luego, evidencia un desgarrador retrato en el poema “Barrio sin nombre” en el cual la felicidad se anuncia como falta de bienes afectivos, poesía formidable y sobresaliente la caracteriza. No en vano ya tiene varias publicaciones en su haber.

Alber Mapache se aflige, en uno de sus poemas, por la partida de un ser que significó mucho para él como autor en un poema cargado de tintes elegíacos; lo cual se confronta, claramente, con un escenario en el que, sin falta, en un punto exacto del día, el yo lírico ejerce la querida liberación en un ritual carnavalesco.

Adricin Alarcón, también escritora invitada, ha optado por entregar una pieza poética en la que el erotismo encuentra, como excusa, las redes sociales; lo que guarda estrecha relación con otro de sus textos en el que el yo lírico se le insinúa a un tú lírico sediento, para ofrecerle la exquisitez de lo estable, aunque con atisbos de lejanías; a la vez, ha compartido poesía infantil en esta antología, esto converge en una escritora integral y humanista.

Ronald Hidalgo, otro de los escritores invitados, plasma el sueño, a veces truncado, en el que personas extranjeras buscan mejor suerte en lugares lejos de su patria; en otro de sus poemas, muestra una interesante propuesta en la que prima una ambigüedad matizada para evitar caer en lo explícito de la interrogante apenas sugerida.

Para finalizar, Angie Mora, con una poesía madura, se enfoca en un grato recuerdo de alguien inmensamente sabio que resolvía la complejidad del mundo de una manera atinada y certera; en otro de sus textos, cambia la perspectiva sobre lo que, a la larga, sucedería después de cometer un acto que no tiene punto de retorno.

A lo largo de este recorrido, es notoria la variedad de temáticas, así como de estilos literarios: mientras algunas voces prefieren la obviedad y un registro más directo, otras se decantan hacia lo sutil, aquello implícito que, sin lugar a duda, será una lectura más reflexiva. Si bien es cierto hay una diversidad de temas abordados en estos cincuenta y dos poemas de estas nueve voces convocadas, existe un motivo común: que se haga visible y palpable la poesía cartaginesa, porque

han sido más los motivos que nos unen que las razones sinrazones
que nos podrían separar.

Lic. Allan Zúñiga Brenes
Filólogo, escritor, editor y compilador
Abril, 2023

Nancy Cabezas Contreras



Nació el 21 de agosto de 1983 en la ciudad de Cartago, Costa Rica. Administradora de Empresas de profesión, apasionada por la poesía (herencia de su abuelo paterno), participa activamente de diferentes talleres, recitales y grupos literarios de Costa Rica. Perteneció durante un año al conglomerado internacional Hacedores Literarios y, actualmente, forma parte del colectivo Los Hijos de Caín.

Formó parte de *La Palabra Provocada-Antología Poética Costarricense* (2020) del Instituto Cultural Iberoamericano, asimismo en *Antología Mundial Nueva Era* (2021) de Ediciones Hacedor Literario, *Antología Primera* (2022); a su vez, fue partícipe en el Festival Internacional de Poesía Hojas sin Tiempo.

Llévame

Llévame de la mano tejida de esperanza
entremezclada entre las alas
del amor cristalino
que vestimos de flores
y presumimos por el campo.
Toma mi mano para elevar mi espíritu,
guiemos con un tantra el sol
hasta nuestro pecho.
Amemos las galantes nubes
que están escondidas tras el sol
y que entre las manos de Dios
encontremos las aves mansas
que reposarán sobre nuestro regazo.

Domo perfecto

Vestida de niebla
avanzo ya sin tu sonrisa,
con el latir de la tierra en pausa a cuestras
y el coqueteo infecundo
que engendró tu partida.

Tomada de la mano del palpitar
sonoro de tu mano fría
quedó liado el hato del paraíso
sin contemplar mis lágrimas acerbadas.
Seguiré las huellas
de tus pequeños pies afables,
y asfixiaré en tu llanto el malestar
que perdí en una insípida súplica,
llamaré al destino impuro,
prostituto, traicionero
y sonreiré a medio lamento
mientras muero en un segundo añejo.

Un día te veré volando
al lado de mi espíritu,
me rodearás con tu hálito irradiado
de albor cósmico,
danzaremos al compás manso
de la reposición del tiempo perdido,
entraremos simultáneamente
al domo celeste insuperable
que nos obsequiará el instante eterno
por el que hemos implorado tanto.

Mentira

¡No mientas!,
no se trata de mí
cuando tus noches tiemblan
y los días se congelan
entre gotas de sudor.
¡Entiende!
No alteres realidades
mientras me miras a los ojos
diluyendo la ambrosía de saber
quién soy a ciegas
y las ganas de confirmar que,
aunque me conoces, no estoy.
Es mentira que Dios
apunta con misericordia hacia ti
para fortalecer tu resistencia
ante el pecado,
la verdad es que tu fuerza viene
de tu voluntad para no sentir.
Te prohíbo que disfraces
de verdades a tus miedos,
vas a verte atrapado entre la lengua
que castiga tus actos,
que se traba entre el deseo
de encarnar tu situación que aniquila, lentamente,
la inanición
de tu alma insatisfecha.

Luz oscura

Mi cuerpo se inclina al lado
de la luz pensante, mientras oro sin creer
lo que ocultan mis ojos,
y por morir mientras tiemblo
imploro falsos sacrilegios.
Obsequio mi sangre como consuelo
y me ilumino como inmundicia santificada,
exhalo veneno, inhalo sosiego mientras la vida
en un ruego le entrego al infierno.
De repente el alba, de repente el ocaso,
mansamente cesa el repasar en exceso
las líneas claras, las zonas muertas,
postrada en la misma inútil
posición de vergüenza.
Luz pensante que incrusta sus rayos
en mi pecho,
y atiborra de espanto al espectro
de agua sagrada que inhalé por el cuello.
Luz pensante que de alimento
toma mi cuerpo y ha de querer despojarme
mientras en silencio me pierdo.
Luz tornasol que, entre la bruma,
no existe la inventé en el cementerio
de mis personalidades
retumbando entre las tumbas
de mi trilogía que alimenta de veneno
mi penitente espectro.

La niebla perdida

Estaba la niebla vestida
con la desnudez de la noche,
estaba cerca de su ciclo travieso
cual mujer fértil provocando
en pleno baño bajo un aguacero.
Bajó tímida a través del bosque
en pleno descanso,
aprovechó la penumbra
para seducir al riachuelo.
Pobre niebla vestida
que no descubrirá la pasión,
pobre niebla traviesa
que su amado no advertirá,
por más caricias sutiles,
por más espesos que sean sus besos.
Estaba la niebla dormida
sobre la roca pensante
cuando fue abatida por la inundación.
Pobre niebla perdida,
falleció entre los brazos
de su inalcanzable pasión.

Golpe al cielo

He dado un golpe al cielo,
le he pedido que vuelvas
y has venido disfrazado de sosiego.

Como siempre la luna
nunca diva siempre in diva,
acribillando mis ganas
y carcomiendo anhelos,
en un plan macabro
lleno de lágrimas y misterios,
se ha llevado por un instante mi risa.

Taciturna ha quedado mi espera
que por morirme
ya hoy no clamo consuelo,
que por cantar a tu lado
al son de la guitarra huérfana
daría un beso
hasta donde me alcance la gloria,
e inundada de tu aroma
mordisquearía las horas.

Ven y visítame
mientras en serenidad te velo,
que mi duelo no se rinde,
a veces volteo y te observo
dar unos cuantos pasos lentos.

Josué Trejos Campos



Nació un 3 de junio de 1988 en la brumosa ciudad de Cartago, encontró su gusto por la poesía desde que inició sus primeras lecturas en la escuela. En sus publicaciones están: *Poemas 2015* edición independiente impresa; *Poemas 2018* edición independiente digital; *Horror de Ángeles* en el año 2019 con Poiesis Editores; *Antología Primera de Los Hijos de Caín* en el año 2022, edición independiente; *Rompopo para enamorarnos* en el año 2022 con Poiesis Editores.

Adicionalmente, publicó poemas en algunas revistas estudiantiles de la UNED, en el periódico *Cartago Al Día* y la revista *Rumana Caietele Columna* n°88 en el año 2018 y en las antologías *La Palabra Provocada* del Instituto Iberoamericano en el año 2021 y *La Sangre de las décadas 80s y 90s* en el año 2021, además participa en el Certamen Literario Brunca 2022 en donde gana el primer lugar de Poesía a nivel nacional.

Ha participado en diversas actividades culturales con la Sociedad de Poetas Cartagineses, contribuido como jurado en festivales estudiantiles de las artes y, actualmente, promueve el desarrollo de la poesía

y el arte por medio de la promoción cultural con Los Hijos de Caín, donde desarrolla diversos recitales poéticos y encuentros culturales para incentivar la creación, expansión e intercambio de literatura y arte entre los escritores de la provincia con escritores de otras zonas del país.

Sitio web en proceso y para descargas gratuitas:
<https://josuetrejos.wixsite.com/poesiajtc/poesia>

Te vi sonreír

Nunca fuimos a la playa
ni vimos películas,
no llegué a ver un helado
besar tus labios
ni el cristal de una copa
acariciarte la lengua.

Nunca fuimos al estadio
ni caminamos de la mano,
no llegué a ver tus ojos delirando
ni tu voz detrás de un susurro.

Nunca fuimos a tomar
ni caminamos de la mano,
no llegué a oír tu voz cantar
ni a conocer a tus padres.

Nunca supe tu nombre,
pero sí te vi sonreír
sí llegué a ver tu silueta frente al mar
y me enamoré de ti.

Feeling blue

Algunos días son como cazar mariposas,
luchas, corres, saltas, ríes,
pero no las atrapas,
luego te cansas
y te das cuenta de que ellas
nunca te persiguen,
que no hay nadie detrás de ti,
y llueve.

Aun así,
al día siguiente te levantas sonriendo,
vuelves a cazar mariposas.

Algunos días atrapas alguna,
pero cuando ya la tienes
no puedes hacer nada,
te das cuenta de que no es tuya
y de que, así como vino, se va
y a veces le quitas la vida.

Hay días así,
como hoy
o quizá mañana,
depende del sol.

Patrimonio

Hay una vieja panadería en mi Cartago
que ayer comenzaron a quitar, piedra por piedra,
será una nueva soda
será un bazar chino
será un museo de baratijas sin importancia,
alguna excusa para que algunas crías
ganen miserias para alimentar bendiciones,
será cualquier otra cosa
menos esa panadería
que tiene casi o más de cien años.
Hay algunos que no quieren que la transformen,
se golpean el pecho
y se encadenan para que mantengan
el viejo edificio,
no importa que tengan que luchar contra las plagas,
las viejas ratas y las eternas cucarachas
también quieren que voten esa pocilga,
ellas quieren ascensores
quieren olor nuevo y fresco a manzana,
paredes nuevas que romper
pisos brillantes para jugar a resbalarse
y que jueguen sus hijos ratitas
Las polillas sí quieren mantenerlo
dicen que, desde que murió el dentista,
sus dientes ya no dan para paredes nuevas
y los techos actuales de plástico
no tienen el sabor añejo y les daña las encías,
pero, aun así, hay personas sin inhumanidad
que quieren mantener la vieja panadería,
seguro nunca han comido ahí,
si no, también estarían quitando
las piedras de esa pocilga.

Siempre

Siempre pienso en ti
con cada nube que dibuja tus ojos
y que yo busco,
cuando me detengo frente a tu casa
y me devuelvo,
miro a tu puerta
una y mil veces cada día,
te anhelo,
te sueño y te lloro.

Siempre te miro
sin importar que me digas adiós
con la crueldad de las diosas,
siempre te canto
sin importar que rías como esa bruja
al ver este príncipe convertido en sapo.

Siempre te escribo,
recito tus poemas,
algunas veces en piedra
y otras en mi piel,
siempre...

Homicidio

Hoy hago caso a tus palabras y sepulto
las fuerzas en la fosa de mi pecho.

Dejo de insistir, pero no de olvidarte,
mando mis palabras
a volar a la cuna de mis fantasías
y de los deseos de suspiro.

Hoy pierdo la fe,
pero me quedo
con el hechizo
de tus labios,
muerto en tu mirada,
me flagelo viendo mi imagen
crucificada a tu piel,
porque es una cruz
a la que le rezo todos los días
y algunas noches.

Hoy esculpo tu aroma en un cáliz,
le tallo con pasión
una Madonna inmaculada
con una estampida de tu nombre
para grabar, entre sábanas,
la procesión que hicimos juntos
del sillón a la cama.

Quería nombrar este poema asesinato,
pero ya es demasiado cruel la pasión
para nombrarlo trágicamente.

Aquí mueres para mí, y yo muero por ti,
me mato mas no me suicido
porque me dices “hasta aquí”.

Tic tac, tic toc

Qué noches más largas son estas
en las que hasta el más vil canalla
agacha la mirada,
pero no es pena ni temor,
es solo el pesar de las agujas
que sientan su trasero en la espalda
y hacen sentir el cansancio
como un sinónimo de peso completo.
La noche como siempre nublada,
el eclipse colapsa instintos,
mentes,

 muchas mentes,
 pocas mentes.

Envejece el andar,
la adrenalina se dispara
a la válvula del pecho
del “cucú de eternos suspiros”
de los silbidos nocturnos
del sonámbulo enamorado,
del cadáver decepcionado
Todos somos añejos,
esperamos los labios que nos besen
el paladar que nos saboree
o la etiqueta del expirado,
seguimos dando círculos
en la ruleta del reloj
gastando la cuerda con pasos,
 muchos pasos,
 pocos pasos.

Wendy Sánchez Gómez



Nació en San José, Costa Rica, el 25 de junio de 1971. Obtuvo los títulos de diplomado y bachillerato en Ciencias de la Educación con énfasis en I y II ciclo en la Universidad Estatal a Distancia (UNED). Además, adquirió bachillerato y licenciatura en Ciencias de la Educación con énfasis en la Enseñanza del Español, en la Universidad de las Ciencias y el Arte. Tiene una trayectoria de veintitrés años laborando como docente para el Ministerio de Educación Pública (MEP). Poetisa y colaboradora con el colectivo Los hijos de Caín. Ha ejercido como docente de Español en los siguientes centros educativos: Liceo Vicente Lachner Sandoval, Colegio Nocturno de Cartago, IPEC Arabela Jiménez, CTP Fernando Volio Jiménez, también en el programa de Aula Abierta en la escuela República Francesa y, actualmente, en el Liceo San Nicolás de Tolentino, para el cual ha creado la letra de su himno.

En sus poesías se pretende voltear la mirada a la época de Abel y Caín, en donde la controversia y conflictos, entre diversos sentimientos,

se apoderan del ser humano, hasta manifestarse así el rencor, la tristeza, el remordimiento, la frustración y, ¿por qué no?, el miedo y la incertidumbre.

Según la poética de la señora Sánchez, los seres humanos, en el transcurso de la vida, experimentan situaciones en las que le colocan en una encrucijada, y le pueden desencadenar: miedo, tristeza o felicidad, entre otros sentimientos.

Correo electrónico: wendy.sanchez.gomez@mep.go.cr

La incoherente

Si me ves bien, no es a mí a quien miras,
soy como el aire que respiras;
un espejismo que embriaga tus sentidos,
para luego perderse en el olvido.

Si me oyes, no es a mí a quien escuchas,
es el eco de mi alma que está
en continuas luchas.

Qué fácil es ocultarnos en un cuerpo,
cual tortuga en su caparazón
sin morir en el intento.

¿Acaso captas lo que pienso?
¿Acaso percibes lo que siento?
La vida está llena de apariencias.
¿Qué pasa por la mente?

¿Qué sabes tú de mí; de mi vida,
mi sentir, mis prejuicios, mi pensar,
mis vacíos, mi vivir? No te culpo,
no eres tú; soy yo, que me desconozco.
No soy yo quien te habla; es mi corazón,
es mi mente que oprime mi pecho,
mente osada que me vuelve prudente.
No eres tú, soy yo la incoherente.

La muerte te espera

¿Qué es la muerte? Inevitable compañera. ¿Es buena?

¿Es mala?

Es capaz de volverte inerte

y apagar tu luz en un instante.

¿Por qué temerle si es destino seguro?

¿Por qué huirle si es inevitable?

Llega sin avisar, sin tiempo para reflexionar.

No te opongas; de nada vale suplicar más tiempo.

Debes irte. Te toca marchar. Debes dejar todo atrás;
aun en contra de tu voluntad.

Los bienes que has acumulado.

Las calles que anduviste. Esas lágrimas derramadas.

¡Hasta tus huellas!, se borrarán.

¿De qué sirven tanto esmero, entrega
y premura? Si como los árboles

te arrancará de raíz, escrito así está.

Como cosecha ante sequía,

también tu vida perderás.

No le interesa si eres rico o pobre.

No le importa tu abolengo, estatus

o clase. No le interesan las súplicas

y remordimientos y no le preocupa

tu arrepentimiento. Solo dice: “vamos partiendo”.

Así no más, deja todo, ve liviano

de equipaje. No hay marcha atrás.

¡Ah! ¡Y no te preocupes por los otros!

Hoy te extrañarán, pero mañana

van a olvidarte; simplemente pasarás

a ser un recuerdo. Algo así como

una estrella fugaz.

Madre Tierra

¡Oh, madre Tierra!, que das tu vida
a este ser que no merece la pena;
igual que la madre se sacrifica por su hijo,
te vas deteriorando por la mano
del hombre.

Tú, que con tu seno me alimentas,
tú, que prevaleces el aire que respiro,
de ti extraigo los frutos que me nutren;
yo hombre cruel, te tengo olvidada,
humano inconsciente que ensucia tu aire,
desdichado incesante que mancilla
tus ríos. ¿Acaso no sufres
por mis desdenes? ¿Acaso repudias
que sea un don nadie?

Sufres en silencio siempre abnegada,
esperando que el hombre termine su labor;
y sigues cosechando frutos
y sigues cristalizando ríos desentrañando la basura,
en medio de la inmundicia.

¡Oh, madre Tierra!, por ti lloro
y que me permitas tener conciencia suplico,
yo, tu hijo inmerecido no quiero dejarte
en el olvido nunca más.

No es tarde para rectificar;
es esa mi añoranza
el lograr que tu naturaleza
vuelva a renacer.

Súplica a un abusador

¡No, por favor, no me lastimes más!
No profanes mi cuerpo
como a una tumba,
no irrumpas mi inocencia,
como se irrumpe al silencio.

¡No, por favor, no me lastimes más!
No ultrajes mis sueños, no me empujes
al horror, no despedaces mis ilusiones;
¡No apagues mi estrella!

Pido compasión y piedad, vulnerable soy ante ti.
No dejes huella imborrable en mi ser.
Así como los árboles en otoño
que ven con impotencia caer sus hojas.

No puedo volar ¡como el ave sin alas!,
no puedo correr, soy un niño encadenado.
Solo quiero gritarte: no me vuelvas a mancillar.
¡No, por favor, no me lastimes más!

Mi madre Eva

No sé si fui concebido con amor,
miedo, pudor o tal vez con deseo carnal
y pasión; ¿o por qué no?; simplemente
por ley de la vida y convicción.
La mujer que me dio el ser.
¡Qué sacrificios ha padecido!
¡Hasta una metamorfosis sufrió su cuerpo!
Esa Eva, quizás vio con horror,
poco a poco, desfigurar su cuerpo.
Yo, hijo inmerecido, dejé huellas imborrables
en toda su piel.
Aquella mujer bella y sensual, como tierra en sequía
y sin derecho a reclamar,
vio proliferar grietas en su vientre.
Su cuerpo comenzó a crecer y su belleza desapareció.
Yo como los colibríes extraía todo el néctar de sí,
ella ya caminaba lento, sin soltar la cruz.
¿Qué pecado estabas pagando? Mi Eva,
¡sin compasión yo apuñalaba tu vientre!
Me pariste con sangre y dolor.
Diste a luz este ser que no poseía noción
del valor que tenías.
Ha pasado el sufrimiento, ya no hay dolor,
ahora, como madre,
me debías amamantar. Esos senos sensuales,
que incitaban al pecado egoístamente
pasaron a ser mi fuente de alimento.
¡Oh! Cuánto sacrificio has hecho por mí.
¡Qué caro has pagado el ser mujer!
Más aun, no logro entender que,
desde tu irónica perspectiva, no ha sido sacrificio,
sino una reivindicación para ti.

Amiga perruna

Negra como la noche, dulce como la miel;
de inigualable belleza es Daky,
mi amiga perruna.

Compañera de caminatas, se deshidrata
bajo el imponente sol;
muy a pesar de su amor incondicional,
el cuerpo y la fatiga la suelen delatar.

Aunque me acompaña silenciosa
se le extraña en su ausencia.
Su mirada fija en mí
la traiciona y manifiesta
su lealtad.

Mi fiel amiga y compañera incapaz
de hacer ningún reclamo,
se acelera ante mi presencia
derrumbando lo inoportuno.

“El perro es el mejor amigo del hombre”;
dicen por ahí. Hoy puedo decir
con convicción que Daky
es más que eso para mí.

Allan Zúñiga Brenes



Nace en San José en 1971. Es poeta, docente y filólogo. Cursó la carrera de Filología Española, obtiene el grado de Licenciatura en el 2022. Ha colaborado para diversas editoriales tanto estatales como privadas, así como para autores independientes en sus servicios como filólogo. Además, se ha desempeñado como docente en la Escuela Jesús Jiménez en el Sistema de Educación Abierta y trabaja como profesor en el Instituto Santo Tomás donde imparte lecciones de español y de cursos de lógica verbal para los exámenes universitarios de admisión.

Combina su labor como filólogo con la de ser poeta. Por lo general, sus temáticas consisten en lo cotidiano, el abuso de las redes sociales, el juego con el erotismo, así como poemas en los que hay evidencia de linderos en los que priman el caos, la incertidumbre y la irreverencia.

Ha sido miembro de los grupos literarios Sociedad de Poetas Cartagineses desde el 2010, Poesis desde el 2012 y Los Hijos de Caín desde el

2016. Formó parte de la antología *Bitácora abierta: 31 latidos en el andén* (Poiesis, 2015). Publicó, de manera independiente, el poemario *Maniquí de perfil grave* (2018). Poemas de su autoría fueron publicados en *Antología Primera* (2022) del colectivo Los Hijos de Caín.

Correo electrónico: zunimatrix@yahoo.com

Facebook: Allan Gerardo Zúñiga

Instagram: [allanzunigabrenes11](https://www.instagram.com/allanzunigabrenes11)

Trágicamente

Somos breves, nos creemos inmortales,
somos tan frágiles, nos consumen
las avenidas rápidas, la mañana nos ancla
a deseos prestados; las hipotecas
nos rodean en ese caos
que ya hemos aceptado.

Somos breves, ni siquiera manejamos
los hilos del tiempo, no vivimos,
muchas veces solo existimos
sin espuma, ni playas, ni nubes,
trágicamente autómatas.

Aleatorios

Caí, disperso, entre el olvido,
hasta que me encontró la otra conciencia,
entre la selva de la incierta sombra;
yacía temeroso y frágil, en ese caos
de las ciénagas adversas.

Fui un reo de neblinas acosadoras,
de madrugadas obtusas,
hasta que aquellas manos me acurrucaron
en la seducción nocturna de bosques
y mares aleatorios.

Me angustió el constante gorgoteo
de esa líquida desolación que aturde almas
en los laberintos que, por necia morbosidad,
nosotros mismos creamos.
En los diáfanos ocasos, me persiguen demonios
con sus solapadas hostias insípidas
para atraparme en su vicio
y en su lujuria, sin ser capaz de redimirme
o salvarme.

Me abrí en la boca solitaria del silencio
hasta que, etérea y sutil, la otra conciencia
se durmió conmigo entre la primitiva bahía
que nos regaló pieles nuevas.

Pitufina 2.0

Ciertamente, aquel mago empleó
de manera sabia la arcilla
de la que provienes, pues con tus encantos insertarías
la discordia entre esa comunidad
que se jacta de noble.

Si hoy te levantaste con ganas
de ya no pertenecer a la plebe azul
y formar parte de la realeza
de este universo, pues estás de suerte.

Cultivas tus inocentes flores
mientras esperas a Vanidoso,
tu mejor amigo; jamás olvidarás ser coqueta,
sabes que esta aldea puede caer
a tus pies blancos, con solo un chasquido.

El musculoso, quien te encontró
y del que te enamoraste, solo serviría
para labores en las que las neuronas
no ocupen el primer lugar; para tus fines
él no cumple con los requerimientos necesarios.

El estulto y el inventor
carecen de casta, este último quizá
con más posibilidades que el primero,
uno es el némesis del otro.

Pero cuando estés buscando
al que te ofrezca un mejor porvenir,
recuerda tu origen, tu esencia, procura
que luchen por complacer cualquier capricho,
por más estúpido que este sea; y, de paso,
podrías enviarle a tu padre tus avances con Azrael,
para que sepa que dicha aldea
será conquistada desde su interior.

Para la Musa

En mi brevedad terrenal, hoy te invoco, Musa;
hoy, que me desprecia el mundo
y su siniestra rutina, aunque sé
que dentro de ti también me voy a perder,
me voy a exiliar en los abismos
que son tus ojos, tus dedos infinitos,
tus susurros inherentes.

Solo he sido una nimia sombra,
un suspiro nada más, porque tú lo eres todo,
el aire, la gloria, la sangre de mis días,
esos pasos en los que encierras
cada nueva palabra que ya sabes
que previamente he pensado y escrito.

¡Atiéndeme hoy, Musa!, admito mi simpleza,
mi soledad demoledora, tu ausencia
que me hace insoportable cada mañana,
cada segundo, cada gota de rocío
terco y necio...

Por ti y para ti describiría todo y a todos,
y también estoy seguro de que te hallarías insatisfecha
por un plan tan desmedido.

Pero ya eres así: ese ente no terrenal,
caprichoso, voluble, que me tortura,
y sin el que no puedo existir.

El cuerpo del deseo

Fluía todo en medio de sus días mágicos
y mis ocasos, que se hallaban sedientos,
aunque con algo de aprensión y con nubes
casi apagadas. Nos consumimos
entre intelectos abismales y yo me dejé llevar por tormentas contra
las que creía estar previsto.

Ningún pararrayo le fue efectivo
a mis sentidos.

Ella es un espejismo, solo una ilusión,
la arena movediza que,
con su voluptuosidad ataviada
de inocencias, me confunde y me atormenta.

Quisiera imaginar ese cuerpo nocturno,
furtivo, habilidoso en lo prohibido,
en un lecho en que solo nuestro silencio
nos guía, a través de la soledad profunda
y vital de sus senos y de mis labios atados
a su lujuria mientras mis manos la devoren
y las suyas me exprimen momentos
de irrealidad.

Cuando rentas tu corazón

Renté durante varias noches
esa estancia de promesas
y de sexo comprometido;
mientras las lunas quemaban,
el sol acostumbraba a enfriar
pedazos de infierno,
los orgasmos, planificados o no,
me transportaban
a tu playa con estériles arenas.

Entre más goce, más esclavitud,
la ceguera me habitó tan sutil
y hasta casi noble.
Las plumas del depredador
se volvieron mansas alas,
listas para cercenarse
entre paredes de reclamos
y un cementerio de frustraciones.

El descaro habitó tu esquina
hasta saturarlas todas,
así tu corazón se convirtió en un hotel,
de anchas puertas
y de cristalinos pisos
en los que se reflejan los arcoíris
de conciencias,
yo jamás pude elegir el color de la mía.

Podría entrar cualquiera,
hasta la sombra de billetes crueles;
pero no me encontrarás en tu edén,
que ya otra gaviota habrá alquilado.

Julia Hernández



Nació en Puerto Limón Costa Rica, en donde pasó su infancia y parte de su adolescencia, luego se trasladó a vivir a San José.

Tiene seis libros publicados y uno inédito, Tres Vueltas de Llave, Cuerdas Contra el Viento, Las seis partes de mí, Boleto al Caribe, Apartamento de palabras y la Antología Pertenencias.

Es miembro de La Academia Norteamericana de Literatura Moderna Internacional. Formó parte de la Junta Directiva de la Asociación Costarricense de Escritoras, de la que es asociada activa.

Obtuvo una mención honorífica en el Tercer Certamen de Poesía Haiku a Nivel Centroamericano realizado por la Embajada de Japón y la Asociación Cultural nueva Acrópolis, además del Tercer Lugar en la categoría de Tema Libre del Certamen Tradiciones Costarricenses

de Vida Provincia de Limón, realizado por el del Ministerio de Cultura y Juventud.

Ha participado en diferentes Antologías: en El Salvador, Bogotá Colombia, Portugal, en la de Bitácora Abierta, en la compilación Líneas de Mujer, en Territorio de voces y fuego, en homenaje a Eunice Odio, y en Hijas de mar a mar: voces de la ACE en el Bicentenario en Costa Rica.

Ha sido invitada en los siguientes festivales en: Granada Nicaragua, Puerto Rico, El Salvador, Miami, La Habana Cuba, Turrialba Costa Rica, Portugal y en el Festival Internacional de Poesía en Costa Rica.

Ha participado en varios recitales del colectivo Los Hijos de Caín.

Correo electrónico: julia.hernandez21@gmail.com

Testigo de siglos

El tiempo conserva el Mercado de Cartago,
una maquinaria de ofertas que va cambiando
de mano en mano en un intenso regateo
al mejor postor.

La multitud viene y va por los pasillos,
mientras sus miradas se detienen en los estantes
de verduras y en la moda de las épocas.

Las escobas de millo como valientes columnas parecen sostener los
años que se inclinan nostálgicos por el paso de las horas. La historia
se construye

sobre un camino lodoso que invocó
el sonido de las carretas dando paso
a la nueva modernidad.

Cartago guarda su deseo de permanencia
en la naturaleza, en su gente, en la historia
y se deja ir a su favor, por el agua que corre
con la protección de La Negrita en medio
de la Basílica, donde nace la luz de su misterio. Dentro del mercado
se unen a esta zambumbia las invitaciones a comprar, del carnicero
y las pescaderías, mientras la sopa de mariscos hace alarde de su
antigua complicidad y eficaz seducción.

Los comerciantes, el carretonero conjugan
el cansancio de sus preocupaciones,
frente a la máquina de sumar, en medio
de facturas, guacales, sacos de manta,
y el cacareo de las gallinas
espulgándose el plumaje.

La vendedora de hiervas carga en sus manos
el secreto del romero y la caña agria.

Su entonación reverdece en una especie
de inocencia que nos recuerda la bondad
de esta tierra y su gente. Ella ofrece
la esperanza como amuleto, para el que llega

con su costal de dolencias:

Lleve, lleve tilo para que escriba con estilo,

lleve ruda, para que no caiga en la duda.

Lleve las siete hierbas para que salga
lo malo y entre lo bueno.

A cincuenta centímetros de este burumbúm

entre la contemplación y el bullicio, la fe

se convierte en un acto de grandes dimensiones: el Corazón de
Jesús, se eleva ante nosotros,

en medio de su humilde y callada presencia

caen a sus pies miles de peticiones por cumplir.

A lo lejos se escuchan las agitadas voces

de los saloneros: dos empanadas de frijol,

una torta de huevo, un refresco de chan

para la mesa 5, en una jornada

casi sin descanso.

Allá, en aquella esquina la silueta de una mujer que palmea

tortillas en el aire ofrece tamales, mazamorra, biscochos, y nos

invita a convertir nuestro paladar en un festejo. El maíz emerge

con su habilidad ancestral como un sol sonando cascabeles,

y las semillas brotan con la antigua generosidad de nuestros
antepasados.

No siempre los adioses se construyen

de tristeza. Aquí, los vendedores a través

de los siglos son el alma y la parte viva

de esta historia.

Barrio sin nombre

En mi vecindario el ruido
era como el roce de un blues,
abrasivo y penetrante.
Un toque musical
que trasladaba de sitio las puertas
y las ventanas de ese barrio.

En aquella calle ancha y sorda,
se reinventaba el mejor escenario.
Ahí se desvestían, precarias, las ilusiones.
Los niños crecíamos mascando la indiferencia
donde ronca el pavimento sus ocasos.

Nos rebelábamos en fantasías:
ser piratas en un mar y otro.
La marea mecía nuestros cuerpos
al filo de las rocas,
como si fuéramos un pincel
en las manos del océano,
para volver de algún sitio donde las carencias
eran invisibles.
Y así, finalmente,
reparar las bisagras de los sueños.

Afuera, mientras jugábamos,
la vida movía sus aromas
por los patios comunales del vecindario.
El olor acalorado del chile panameño y del jengibre viajaron desde
otros países hasta Puerto Limón,
como si cargaran un lenguaje
donde la brisa parecía decir algo,
entre las hojas de plátano y ñampí,
hasta mezclarse en el aire

con el olor del arroz cantonés
en una columna de hermandad.

El barrio sin nombre
tenía algo en común con aquellos niños.
Un nombre que no se concretó en ningún registro.
Los “hijos naturales” éramos como ese barrio:
una lista aparte con un desmantelamiento escolar
a la vista de todos.
Un arrecife que la arena se tragó por la vergüenza.
Pero juntos nos consolábamos cada mañana
con el abrazo tibio de sus calles
y el deseo indestructible
de inventarnos otro mundo.

Cronos

No escribo para hacer prórrogas,
ni aciertos,
ni para ser aceptada.
Escribo porque
la poesía es un detonante,
un Big Bang
que recela,
absorbe,
choca con la perdición de los idealistas,
con el canto de los astros y sus excesos.

Luego se reclina,
se convierte en sombra
sobre la extinción de mi cuerpo,
mezcla mis heridas, mis amores y mi rabia,
me vuelve ausencia
de largas llanuras,
terriblemente desarmada.

La salvación

No cambio la insuperable quietud del rayo y su sombra cuando esta ya no es visible,

ni se halla evidente en el cielo.

¿Qué es un poeta en contra del fulgor?

¿Qué es un sol renegando del destino?

A veces deseo introducir el alma, el fracaso, las manos, en un mundo que apenas reconozco.

Entrar dando portazos,

derrocharlo todo

en busca del elixir que conjugue la búsqueda y la ausencia en un día de hambruna.

La noche tira los dados y te das cuenta de que la frivolidad sobrevive engañosa

en las redes sociales,

donde ríe la transformación del maquillaje se cuele el tiempo y la apariencia.

He visto ahí algunos retazos de poetas con tantos “atributos” como dioses de ultratumba.

Pero ya nada me ata, ni me entristece porque todo es del fuego, ni esos abrazos

perdidos en sí mismos como tarjetas

de crédito con sangre insuficiente,

ni ciertas palabras entre poetas

que se ponen de moda, como circos.

Entonces, lo más parecido a un dios es un yigüirro

que se asoma a mi ventana, me mira con esa negrura

que ama los cipreses y sin temor a arrasarlo todo,

refleja su voz directo en el poema.

El Jazz de Chet

Una bocanada de Chet Baker
con su alto copete encriptado,
llega hasta mi terraza
en cuatro movimientos melódicos.
Lo veo resoplar
sobre el metal el ritmo
de los silentes,
removiendo la caída
de un instante premonitorio,
con su canto felino, imprescindible y carcelero,

en noches como esta,
a Chet le crece entre sus venas
un huésped suicida,
el armamento infame contra la cordura,
ese toque de alquitrán
atento a encender de nuevo

su rastro en los burdeles,
a las sombras de sal y a la heroína,
que atraviesan su rostro con soles subterráneos
sin otro afán que orquestar espejismos
sobre el lecho conquistado de su música,
capaz de demoler con un zumbido
el límite del Hades.

Alber Mapache



José Alberto Solano cuyo seudónimo literario es Alber Mapache.

Cofundador en 1990 del grupo literario La Enésima Silla, en el 2016 ingresó a la Sociedad de Poetas Cartagineses y en el mismo año pasó a formar parte del grupo literario Los Hijos de Caín. Vive en Cartago y, desde inicios del 2000, trabaja en su proyecto literario el cual llama poesía animé, basado en series televisivas de culto japonesas.

Correo electrónico: mapachealber@gmail.com

Gerardo

Aquella tarde
Gerardo Ramírez
llegó a mi casa y se sentó ahí,
en el sillón café
en el sillón viejo
de brazos de madera,
Germán Redondo fue el enlace
el contacto, el cómplice y cuando la tarde
perdía su tono nos congregamos silenciosos, ¡nosotros
y las cuatro paredes!
Gerardo es un mito brumoso
el tercer monumento después de la Basílica y el Irazú, y estaba en
mi casa
como resguardándose del tiempo;
alguien, uno de tantos, le exigió una canción
como se le exige a un santo un milagro de fe
en tierra de incrédulos, y cantó “Si te vas”
a capela como si los instrumentos musicales
no hicieran falta y la música fuera solo eso:
una voz armónica cincelandando el silencio,
letras rítmicas escapando de la partitura.
Luego cantó “Violencia” calló la voz y partió,
y, al salir de la casa,
su figura y la noche fueron una,
y su voz entre las paredes
se fue disolviendo con lentitud
y, al amanecer,
no quedó nada.

Cinco y veinte p.m.

Aquí pegaba el sol al atardecer
y el asfalto ardía incinerando sombras,
que volaban hacia la noche
como espíritus.

Nosotros teníamos un tocadiscos
con casetera, y siempre al atardecer diario
poníamos el mismo disco a eso de las cinco y veinte p.m., algunos
bailaban
de forma excéntrica y, entre paso y paso,
dejábamos escapar el espectro,
para irse a fundir con el sol.

En mis recuerdos, no hay lluvia ni niebla
otoño o invierno, solo un sol crepuscular
con rayos de fuego que se entendía
cual fantasma amarillo, sobre la cuadra,
aferrándose a suelo y carne
para no ser absorbido por la cercana penumbra. Quizás por eso los
niños salían
a jugar temprano y si los sorprendía afuera
el atardecer, corrían desesperados
con su pequeña sombra atrás,
prendida en llamas.

Cristales rotos

Al vidrio lo quebraron
hace tres noches, de madrugada,
alguien le abrió un boquete
con una piedra justo en el centro
en la parte en que se unen el cristal
y el reflejo; un hueco entrecortado
de picos transparentes, y ayer, de pronto,
la ciudad irrumpió en mí habitación,
¡escapando de afuera! Como si ese vacío
claustrofóbico le estrujara la decadencia,
¡escapando hacia adentro!
Como si mi cuarto se sostuviera en el último farallón, en la piedra
angular
del fin de los tiempos.
El cristal roto lo absorbe todo,
el ladrado sin respuesta del mundo,
el eco de lo que jamás debió ser escuchado,
las palabras de la sociedad, ese dialecto sumiso que viene oculto,
represivo, subliminal,
en los libros de escuela;
la ciudad entra a mi entorno por las entrañas quebradizas del
vidrio,
asemejándose en la noche
a un fantasma viejo.

Pablo

A Pablo lo estoy uniendo en mi mente
en un proceso diario, lo pienso, lo imagino,
lo visualizo, creo su forma mentalmente,
¡lo hago sólido!, a tal punto
que puedo rozar su paso en el mismo suelo.
Nunca acepté su partida
y juré que no le permitiría ¡jamás!
difuminarse en mi memoria,
por eso lo vivo reconstruyendo
cada día, lo tomo del nombre ¡con fuerza!
y lo arrojo al presente; lo he visto caminar
igual que antes, sin deberle nada al tiempo,
como si él y el ahora aún fueran uno,
después lo pierdo
y el entorno vuelve a quedar en blanco.
Hoy vivo así creando paulatinamente
un todo, recuperando el reflejo
que no ha cegado la oscuridad,
recopilando su voz una y otra y otra vez
hasta que sus palabras quedan petrificadas
en mis tímpanos; entonces,
lo presiento cotidiano, vivo, intemporal.

Posesiones

Yo tuve un casete
de música instrumental,
lo grabé de la radio
y le escribí “Música instrumental” en su estuche,
tuve un mejor amigo
jugábamos a las cartas;
se mudó a la capital
y jamás regresó.
Tuve una máscara de gorila salvajemente animal,
pero mi abuelo
la sepultó bajo concreto;
tuve unas zapatillas color crema
herencia de mi primera comunión,
pero se destaparon con la lluvia.
También tuve un billete de mil
remendado en cinta scotch,
una amiga que se llamaba José,
un intento de escape
a la hora del rosario;
tuve paperas en la niñez,
un barrilete gigante que se perdía en la niebla,
tuve un televisor de transistores
con un problema crónico,
de rayas horizontales;
un robot a baterías,
una nave espacial,
un Tótem de Laurel y Hardy;
ahora poseo una fragmentación borrosa
de recuerdos,
de todo un arsenal antiguo
de objetos y seres
desaparecidos en acción.

Óleo sobre lienzo

Recuerdo la sala de la casa de mis abuelos,
el tocadiscos que ponía a bailar a Titoqui,
el televisor de perilla
que solo encendía con un permiso especial,
las matas, la cortina oscura,
el piso de madera;
pero, sobre todo, recuerdo
el cuadro, el cuadro gigante,
el cuadro que me arrebató la voz
y sumía la sala en un silencio perpetuo.
En el lienzo había un hombre,
mi tío lo encerró en la tela
usando pinceladas sólidas,
tenía una mirada benévola,
brazos corpulentos y parecía vigilar
a todo aquel que estuviera en la casa;
mi tío mezcló los colores
el verde vejiga, el amarillo ocre,
el blanco de zinc, el azul de Prusia
y le dio a aquel titán
algo parecido a un alma,
de pronto la espátula y el pincel
definieron los pliegues del traje
la sonrisa marcada por arrugas,
la profundidad de unos ojos
que se cerraron hace tanto.
El artista trajo del pasado a Baden-Powell,
¡el primer scout!, y lo dejó ahí
en la sala de mis recuerdos,
y, en la parte inferior del cuadro,
el pintor estampó su firma:

Braulio Vega G.

Adricin Alarcón



Lugar de Nacimiento: San Rafael de Oreamuno.

Formación:

- Profesora de Informática
- Docente en I y II ciclo
- Intérprete de la LESCO

Relación con los Hijo de Caín: Grupo hermano del grupo a que Adricin pertenece: Sociedad de Poetas Cartagineses.

Oriunda de San Rafael de Oreamuno pueblo de Caciques.

Adricin Alarcón es una escritora talentosa que ha estado escribiendo poesía desde que era una niña. Su amor por el arte de escribir se ha convertido en una pasión a lo largo de los años, y ha demostrado ser una miembro valiosa de la Sociedad de Poetas Cartagineses.

Adricin es conocida por su habilidad para escribir poesía en una amplia variedad de temas y géneros, pero sus áreas de especialización son la poesía erótica e infantil. En sus escritos eróticos, es capaz de capturar de manera hábil la sensualidad y el romance, mientras que, en su poesía infantil, puede crear mundos imaginarios llenos de personajes entrañables que hacen que los niños se enamoren de la poesía.

En general, Adricin Alarcón es una escritora creativa y sagaz que ha logrado dejar una huella en el mundo de la poesía con su habilidad para capturar la emoción y la belleza en sus escritos.

Correo Electrónico: adricinalarconvp@gmail.com

WhatsApp

Es claro esperar cada día
un mensaje de texto
que incida en el éxtasis
de una seducción.

Juguillos de palabras
que humedecen el encaje
y aprietan el pantalón.

Sencillos toqueteos,
palabras insinuosas y pecaminosas
que hacen que la cabeza pierda sangre
y las manos se aloquen.

Grabaciones sedientas de moral
que marcan sudorosas
fotografías de poca ética,
de cuerpos que navegan en píxeles
y de una descarga de alta densidad
de hormonas
que producen hacer el amor
en un ciberespacio fugitivo.

Estática que insta a una cita sacrílega
en donde pieles de cristal desobedecen
y reanudan la proscrita creatividad,
marcando las sábanas
de líquidos densos,
de un sabor a coincidencia,
en una cama con olor a cielo.

Sentencia

Entre la luna y el bosque
como testigos de una invasión celestial,
tu nombre sale de mis sentidos
y de mi vientre
hasta hacer nido en tu barba
ritual que te somete a quemarropa.

Hombre de hojalata
que trae consigo
la más profunda seducción
al devorar cada accidente de mi cuerpo.

Mientras acribillo tu cuello,
tú transitas por mis senos,
buscas la letra escarlata
que taracea tu cadera a mis muslos
como plegaria bendita.

Es así que, de noche en noche,
vendrás a inundar estos riscos
que ahora son tuyos
y con el hechizo de la luna
estarás en mi cama,
comerás de mi piel
y nos revolcaremos despiadadamente
en cada rincón de nuestra madreSelva.

Mi casita de humo

A mi casita de humo,
la llevo a cuestas,
por si, en esta ocasión,
te decides y entras.
No te ofrezco mucho,
al menos un sillón de espalda alta,
una chimenea acogedora,
un cuarto de sábanas con memoria
y un baño de cataratas doradas.
Soy tu guía a cualquier rumbo,
no te cobro nada,
déjate...
Solo emancipa tus ojos,
despójate de ese sitio,
paraje donde te abandonaron.
Mira mi hombro
sinónimo de tierras lejanas.
No te preocupes,
y no me mates antes de contarte
las mil y una noche,
tal vez cuando termine me ames,
haciéndome acreedora
al título de tu única sultana,
venciendo cualquier dogma.
Percibe los engranajes,
que suenan al avance
de esta maquineta de humo,
ellos te enseñaran
la conciencia de alguien
que no quiere dejarte ir.

Duendes

Casitas de hongos,
que solo yo puedo ver,
ojitos saltones,
que en las ventanas se ven.

Vestidillos de verde,
zapatillas de punta,
si les hago caso,
del bosque no salgo nunca.

Sus barbas blancas
parece que no tienen fin
y a los que no tienen
se les ven grande la nariz.

Entre lo espeso del matorral,
escondido en una piedra,
observo a los pilluelos
cantando y haciendo tretas.

Son tan bajitos
que me hacen gracia,
cuando, a la rueda,
jugando pasan.

De un solo tirón,
la maestra me llama,
que deje de ver la ventana
y a la lección le ponga más ganas.

Aquí huele a amor

Somos colocados
en un caballo de fuego,
en donde mi cuerpo reacciona
estrepitosamente a tu contacto.
Me saliva la boca,
mis poros se abren,
como preámbulo de un gran banquete
en donde no se tiene sosiego.
Eres capaz de hacerme sentir viva,
mueves cada centímetro de mi cuerpo
y lo trasladas al éxtasis más profundo.
Come, sáciate e introdúctete,
riega, orquesta y niega.
Conjuga en todos los tiempos
esos verbos
en los renglones de mi lienzo,
hidrátame con tus besos,
mete mano hasta donde puedas,
marca en toda mi extensión tu nombre
y siéntete feliz de ser parte de mi locura.
Al terminar con tu manantial dentro mío,
al confundir la muerte con la vida,
al colapso del aire en cada una de las ventanas,
en la suma de todo... quedas tú,
simplemente tú...
Con ese sabor a pasto nocturno,
a complicidad, a amor, a necesidad,
a oportunidad.
Finalmente, en tus manos
como testigos de una encarnizada batalla...
mi piel, con el dulce e indiscutible
aroma a ti.

Provocación

En noches como hoy, se encienden
luciérnagas que titilan al verte en mis
fotografías mentales impulso de
caricias clandestinas que dibujan
sonrisas milagrosas, catorce
magnánimas fugas de conocimientos.

Esa sonrisa tuya tan entrañable que
hace que emerjan ciudades de ángeles
y se hundan con la poca voluntad que
nos sobra de la palestra repetitiva de
unos momentos.

Eres el candidato que libera feromonas vibrantes
que nos sirven de trampolín para una cacería sarcástica,
donde lobo y mago son uno y yo...
solo un lienzo de senderos que doblan tus rodillas haciéndote caer
en mis piernas
para que me escribas estrellas
y compongas una melodía tan dulce con mis gemidos
y los tuyos.

Catorcemente te quiero,
vocablo que acorta distancias e hincha este fuego
que vuela día a día, en un viaje oceánico,
aminorando la ausencia que provoca 364 días
sin tu cuerpo.

Ronald Hidalgo Sáenz



Nació en Cartago el 17 de marzo de 1955. Reside en El Tejar de El Guarco, Cartago. Poemas de su autoría han sido publicados en revistas gremiales y en antologías del Centro de Estudios Poéticos de España, así como en el Libro de poemas del Parque de la Libertad, Costa Rica. En su quehacer poético ha tenido participación en numerosos recitales dentro del país, además, se ha presentado con su poesía en Santiago de Cuba en 2016. Fue partícipe de talleres de poesía impartidos por la Universidad Estatal a Distancia –UNED. Para el año 2023 estará publicando su primer libro de poesía. El poeta Hidalgo ha acompañado, en diversas ocasiones, al colectivo Los Hijos de Caín como invitado a sus recitales, mismos que se han realizado en distintos lugares como en la Casa de la Ciudad del ITCR y en Café con Voz, entre otros. Fue integrante de la Sociedad de Poetas Cartagineses.

Dirección electrónica: ronaldhidalgo0355@yahoo.com

Diáspora

De su patria de volcanes, pinolillo,
lagos y esperanza,
¡qué lejos está!
Él vino contando estrellas
por donde el camino de tránsito ilícito
apaga luciérnagas
y enciende fríos silencios.
Junto a huellas aprendidas
lo acompañan su mujer y su chigüín.
El horizonte tiende ante sus ojos
el fruto que habrá de cosechar;
en su andar
va mirando construcciones inconclusas,
pastizales sedientos de machete,
cosechas reclamando manos...
De noche, junto a su mujer,
piensa y sueña
que no existen banderas,
y que solo existe una patria
donde la esperanza se vuelve fe.
Hoy deambula confesando
cómo el amor es el pan
de todos los hombres,
y cómo se debe soñar
cuando se ama a una mujer,
y a sus chigüines también.
A él no lo llamo paisa,
tampoco nica,
¡lo llamo hermano!

Araponga

De los dinteles de la nada
cuelgan campanas sonoras
como la voz grave de un ángel.

Talanes corroídos
por el tiempo ferroso
olvidaron la hiedra
que sostuvo badajos.

El preludio
de la tarde-noche
se posará en los sitiales
del lejano umbral,
donde un ave de raro acento
revoloteará bajo las fosforescencias:
el Pájaro Campana.

Dónde

Dónde la luz de tus ojos
que ya no me miran,
dónde tu boca
que olvidó besar,
dónde tus brazos de hiedra
que ya no ciñen mis huesos,
dónde tu cálida piel
que arropó mi lecho...

En sus alas
melodías lleva el viento
adherido a la pregunta:
dónde, dónde tú.

Jornada

Ante el empuñado
mazo
de las jornadas,
suda
apretando sus dientes
el yunque perpetuo.

Golpes
certeros recibe
en su lomo calloso
como si fuera aquel Cristo
extirpado de las soledades.

Gozoso
el obrero se enfrenta
a las horas remuneradas
tras el deber cumplido.

Recompensa
a manos llenas recibe:
pan,
sentencia del laboro.

Antro

Mientras una copa de vino
danza en mi mano,
llora en mi alma un cuerpo
con nombre de poeta;
anochece,
dice entre fantasmas un cigarro
de aroma exquisito.

Luces de bar gimen
en la órbita de un viejo reloj,
porque se acaba de nuevo
otra madrugada.

En la última ronda,
vino y cigarro se dicen adiós;
borrachos perdidos en su ego
salen del bar con rumbo
adonde les indique una dama
en espera de otro amanecer.

El llanto de Dios

Entonces
creó Dios al Mundo.
Espanció el azul por mares, montaña y cielo;
tomó de todos los colores
para pintar de armonía su creación.
El día derramó su luz,
cantaron las aves
y se llenaron de vida las horas.
Después apareció la noche con su canto,
germinaron estrellas
mientras en el firmamento
la luna anidaba mirándolo todo.
Cuando hombre y Tierra sed tuvieron,
diáfanos ángeles
transmutaron en agua,
y su sed se fue.
Después miró Dios al hombre,
y, al examinar sus sueños,
llorando preguntó:
¿quién hizo mutar flora y fauna?,
¿quién manchó de dolor
las aguas sonoras?,
¿y qué de la obra amorosa?
Todo, todo es caos.
Ha muerto la creación.
Se ha marchado Dios.

Angie Mora Ulloa



Nació en la provincia de Cartago un 13 de marzo del año 1994. Siendo amante de la naturaleza estudió la carrera de enseñanza de las ciencias exactas y naturales obteniendo el título de bachillerato. Como escritora se ha desempeñado en el área poética formando parte del grupo los Hijos de Caín participando de esta manera en diversos recitales y actividades poéticas. Por lo general la temática de sus poemas es diversa tal como romance, erotismo, existencialismo, la vida cotidiana e incluso la naturaleza. Angie es amante de los libros y el autoconocimiento y eso se refleja en esta contribución donde rodea su niñez, felicidad y más íntima felicidad.

Correo electrónico: angiemorau@gmail.com

Mamijuli

*Porque para mí el vivir es Cristo,
y el morir es ganancia.*
FILIPENSES 1:19-21

Julieta bautizaba las flores que mecía
la tarde, fumaba un cigarro y miraba caer
el sol detrás de un palo de lima.
Nunca le pregunté por el vaso de café
que caía siempre de su lado y ella nunca
me dio explicación.
Cuando la conocí su cabello era vino
y su rostro tenía marcas dobladas,
su olor a cigarro y calidez me inundaban la ropa.
“Mamijuli” le decía yo aparentando no llorar
cada vez que me iba de su casa.
Julieta se detenía con frecuencia
ante el horno para hacer pan casero
con sus manos morenas
en una mezcla delicada que se convertía
en un manjar para tomar café.
El sillón de la sala se desteñía con los años
y ella con él. Llegué en muchas ocasiones llorando y
solo escuchaba “todo fuera como eso, mamita”.
Ella tenía la magia de conectar el mundo
en sus brazos y de curar
con un beso en la frente.
Julieta se ocultó con mis años,
entre risas y mi duelo.
Desde entonces la guardo
como mi estampita de la buena
suerte y cuando ni yo me entiendo
siempre escucho su
“¡todo fuera como eso, mamita!” y me quiebro.

El cuarto de los lotófagos

Una flor de loto se asoma en mi almohada,
me cobija y mece ante el sueño.

Cierro la ventana y entra por mis venas
la necesidad de caer en los sueños.

La puerta me parece enorme, inapropiada
y gris.

Mi ira se acurruca bajo la almohada
en susurrantes aspavientos de ternura
y encrucijada.

El loto es un arma letal y tierna,
que solo me consuela en mis propias necesidades
se mueve pintando planetas
bajo mi sombra.

Sus pétalos adornan mi cama
y me arrullaran como criatura recién nacida
abrazándome en silencios.

Es casi una simbiosis hasta que salgo
de la epifanía, me siento al borde del abismo y lloro
sobre las piedras.

Entonces una flor se acurruca a mi lado,
ofrece sus piernas y me cobija
ante la madrugada.

La pared es una cortina hacia el mar abierto,
las horas se suman en la extensión
de tu criatura y una sirena canta una canción de cuna
en mi repisa.

Hoy desayuno una flor de loto sobre la arena que mece y cuida mi
sueño.

Una hora después de mi suicidio

Una hora después de mi suicidio
lloré.

Me perseguía un olor
a herrumbre y sal.

Vos no estabas conmigo,
mientras yo buscaba cómo explicarles
que ya no soy.

Una hora después de mi suicidio
mi madre paró el tiempo y
se hincó ante Dios y
me dolió el alma.

Entre el polvo toqué mi cara y
no había ojos, boca, ni oídos, yo
era nada.

Una hora después de mi suicidio
todos tenían razones
y yo me encontraba en silencio.

Vi a mi padre gritarle a Dios mi nombre,
caer en sus rodillas y volver roja la tierra.

Un día después de mi suicidio
fui viento clamando ayuda, hierba
marchita en el campo, un cielo
que abrazaba ancestros.

El círculo número cuatro

En la circunferencia de mi ocaso
te escondés y jugás
entre las rocas a caer sobre mí
como una lluvia escandalosa.
Vos trazás entre mis vientos agonizantes;
salís como en abundancia y te escondés tras las colinas
sollozando ante mis piernas, hincada,
mientras ayer gritabas
jalando aire a bocanadas.
Sé que soy yo, que no te siento
entre lo eólico,
quien se pregunta si volás abriéndote
a las nebulosas,
sí, entre los rezos de esa boca,
se escapan notas mías.
Vos abris tu pecho al sol, buscando la luz y buscándome,
pero yo estoy bajo lo escarlata
de tus dedos,
en pausas que se escapan
de tus palabras,
en una coraza ante el sol que se desnuda preventivamente.
Yo estoy en el círculo número cuatro,
que se desliza cuidadosamente
debajo de la cama
y te desviste entre musgos y palmeras,
esperando por vos en un sueño rendido,
soy pánico y desecho
desesperado entre tu olor.

El reto de la escolopendra

Tengo la mirada puesta al sol,
perdida entre las sábanas que se incrustan
a mis costillas. Yo te siento reposando sobre mi espalda.
Árida, siendo sombra sobre mi esqueleto.
En un acto carnívoro, tus manos se amarran
a mi cintura y despierto desnuda e indefensa
bajo tus mandíbulas.
¡Sos un reto de escolopendra
y yo una presa que finge sorprenderse
ante los chillidos de tus ocelos!
Sos fría, envuelta como una pupa
dentro de tus telas, atrapada
en un sarcófago de hormonas.
Sos vos una escolopendra que excava
debajo de mis pies
y me eleva hasta la copa de los árboles, una total depredadora de
mis hojas verdes que arrulla
entre sus patas mis labios.
¡Sos vos en la murmuración indescriptible
de tus chillidos,
una cazadora que se eleva desde su tórax
y se escabulle en mis oídos
para convertirse en garras fantásticas!
Vos sos un árbol, una hoja que se revuelca rota
y gris entre el pasto verde y yo una más de tus presas.
Sos determinante escolopendra,
mortal en mis oídos,
fatal en mi espalda, metamórfica
en mis manos, sos del árbol
y de la tierra, territorial y celosa.
¡Sos vos una especie que solo se reconoce al sentirle cerca del alma!

¡Pará de escribir!

*Se requiere de mucha desesperación, insatisfacción
y desilusión para escribir unos pocos buenos poemas.*

CHARLES BUKOWSKI

«Pará de escribir», dijeron
y frené mi alma.
Busqué mi mano
en las piedras para responder.
Hice arrugas en las hojas y pensé
en las tardes frías.
¿Para qué escribir?
Frené el alba, presté atención
a la voz y grité.
Busqué mi rostro en el río
para preguntar.
¿Para qué escribir?
Hice arrugas a las hojas
esta mañana.
¿Para qué escribir?
Pará de escribir dijeron
y frené mi alma.